



El actuar de un internista

Clínica es la medicina desde sus inicios y clínica será para siempre, a pesar de los adelantos tecnológicos; si no, no sería medicina

La medicina interna, como rama reconocida de la medicina, existe desde hace relativamente poco tiempo; el internista no. Soy un convencido de que no es el hombre quien encuentra a la vocación; más bien, hay ciencias que, al igual que el canto de las sirenas, atraen a los hombres y muchos de ellos, al responder, por las características de cada individuo, se ponen a su servicio e inician el viaje de sus sueños, del que, por cierto, no suelen retornar.

Por ello, concluyo que hombres con perfil de internista han existido desde siempre y hasta la fecha –como ejemplo, cito a Sir William Osler–; hombres comprometidos con sus valores y que a través de su práctica médica han hecho del servicio público un agrado y han logrado transmitir a sus pacientes el contagio más saludable que existe: el del entusiasmo y la fraternidad.

Recientemente, platiqué con el Dr. Manuel Ramiro acerca de cuál es mi concepto del Internista y cuál mi opinión de cómo debería de ser su actuar; ello me motivó a escribir estas líneas. Después de un análisis, llegué a esta conclusión:

En verdad es muy difícil hablar del perfil de un internista en unas cuantas líneas. Tantas virtudes debe poseer, que la palabra se detiene indecisa: como si estuviera ante un diamante polifacético, sin saber cuál de las facetas finamente labradas podría describir. Y es que, con todas sus virtudes y en todas sus actividades, el ejercicio de la medicina interna es grande; su prudencia, su avanzado pensamiento científico y su acendrado amor a la clínica son cualidades que presiden todos sus actos.

Enamorado de la medicina clínica, ésta lo contempla siempre como hijo predilecto; siempre lo sabe y lo siente como nervio, alma y brazo de la lucha contra el poder

avasallador que algunas enfermedades ejercen sobre los pacientes. En ocasiones, la ciencia mira al médico internista acosado por una umbría sensación de irrealdad y desconsuelo relacionadas con la dualidad de sus responsabilidades como médico y hombre: medicina y familia, justicia y castigo, reconocimiento y olvido..., a las cuales deberá desafiar firme e impasible, como estatua de bronce a la que no mueve la furia adversa de todos los vientos.

También existe la imagen que contempla al médico como atormentada imagen gloriosa de la sociedad, defendiendo su labor de los ataques de fuerzas políticas ciegas, de mentalidades obtusas y contrarias que decidieron que la medicina interna no es necesaria en los mayores centros médicos de la República y convirtieron a los internistas en trashumantes en peregrinación ejemplar o los establecieron en hospitales pequeños en los más recónditos rincones del país. Sin embargo, de ahí mismo, como el ave fénix, dirigentes de pensamiento preclaro hicieron resurgir a los servicios de medicina interna para posicionarlos como tales en los centros médicos de los que habían sido desterrados.

Termino con la mejor respuesta que encontré a la pregunta del Dr. Ramiro: ¿Cómo debe trabajar un internista?

Cuando una persona trabaja con sus manos, es orfebre; con su voz, es cantante; con su alma, es filósofo; con su corazón, es líder; con su fuerza, es atleta. Pero cuando trabaja con todo eso a la vez, no hay duda: es un internista.

“Por un internista más humanista”

Heriberto Augusto Martínez Camacho

Vicepresidente del Colegio de Medicina Interna de México
Morelia, Michoacán, 13 de septiembre de 2007

La versión completa de este artículo también está disponible en internet: www.revistasmedicasmexicanas.com.mx